

MEDITACION

Por BEN CLAVIA

Quisiera tener muchos papeles viejos — albaricoque-aceitunados — del color de las piedras trabajadas por artistas anónimos, orgullo de las ventanas de nuestras masías. Tener junto a mí torsos perfectos de clásicas esculturas; vasos cincelados, cerámicas adornadas, hachas de sílex y un sin fin de objetos arcaicos que me hablaron de las historias ocultas de esta tierra cotidiana; lugar querido y siempre soñado, que se repite con obsesión de amor. Un conjunto paisajista que se transforma en paisaje del alma, hasta no saber dónde acaba lo real y dónde empieza lo soñado. Aquí es la zona verde-azul limitada por los castillos de Montgrí y de Bagur; que se une al mar con un abrazo suave y elegante hecho de besos de espumas; y que, en el ocaso, tiene un ropero de mantos bárbaros para despedirse, al atardecer, con la pomposidad de un dios.

No hay agresividad en ninguna de sus líneas. Líneas onduladas, verdes, con perfiles de pinos que, rozando el cielo, se quiebran en aromas indescriptibles. En su aire trepidante, de hoy, aún resuenan cadencias armónicas, y es fácil ver a las diosas de los sueños helénicos surgir de la concha azul del mar; ver a las ninfas montadas sobre modernos centauros; y encontrar bajo un pino a un pescador dormido — ignorante de la edad en que vive —, pero que su instinto fenicio hace poner su barca al servicio del turismo.

Quisiera tener muchos papeles viejos, y deletreártelos con fruición de goloso, para saber qué mano de recelo o de altivez levantó las Torres Doradas de Pals. Quizá viéramos cuchillazos sarracenos en los viejos pergaminos. Quizá nos hablaran del día gozoso, en que las Huestes del Hielo, por mediación de la Madre de Dios, invadieron al mando de la Tramontana, esta Tierra que los pantanos y miasmas habían vuelto palúdica y erizada de mosquitos.

Me seducen los huecos de aire que dejaron, al morir, mis antepasados, y que la vida actual intenta llenar con melodías de olvido y realidades deslumbrantes. Pero, a pesar de las estridencias, el espíritu de los antepasados es el que mantiene en pie la escasa serenidad y el heroísmo inmaterial de que dispone el mundo de hoy. ¡Heroísmo inmaterial, padre de los bronces y de las tumbas escuetas, que hizo posible páginas de púrpura gloriosa! Sin embargo, siempre me atrajeron las páginas anónimas, y me gustaría saber las que se escribieron sobre los campos que admiro llenos de mieses y arrozales.

No ha muchos días, aquí cerca, en Gualta, hubo un acto de cariño y reconocimiento hacia un puñado de valientes que ante las huestes de Napoleón, se irguieron como puntas de lanzas, chispeando, hasta convertirse en oro y luz. ¿Cuántos — donación total de un hijo sano —, rindieron el sublime homenaje de sus fuerzas a la Madre Tierra? No los conocemos, pero aún sentimos, en el aire que ocuparon, la vibración heroica de sus ofrendas.

¡Sí, en esta tierra hay heroísmo! Heroísmo guerrero, heroísmo cívico: el de la lucha cotidiana con los elementos, el heroísmo del trabajo continuado, en ocasiones arduo, en otras peligroso.

Me dolía en el alma, que esta tierra hubiera sido olvidada en los cantos a la belleza del país, como si careciera de encanto y de heroísmo, ya que si exceptuamos a Pla y al Dr. Pericot, y quizás algún otro, sólo era citada como un paraíso de la caza y de la pesca. Caza y pesca fueron, seguramente, poderosos atractivos para los primitivos pobladores, cuya sangre llevamos, mas hay piedras bien cortadas y bien puestas, hay paraísos de soledad, frondas de frescor, bullicio de olas, y horizontes dilatados que, desde el Pedró de Pals, nos muestran toda la planicie cordialísima — llana — del Ampurdán. Hay que saber respirar el espíritu animador de estos esplendores; espíritu que impregna perpetuamente los caminos que hermanan los pueblos — blancos o dorados —, penetrando en la sensibilidad del que ama o del que canta.

Quisiera tener muchos papeles nuevos, para recoger todo el ritmo, toda la poesía de este mi centro geográfico, donde hasta los musgos dicen tener ascendencias legendarias.